

encono contra el pontífice, que se negaba justamente á divorciarle de la virtuosa María de Montpeller, menos por egoísta deseo de ensanchar sus Estados allende el Pirineo, que por noble ambición de probar una vez más su caballeridad y su heroísmo.

Pues bien. Ni con la rota de Muret desmayó el ánimo de los trovadores en pedir á los monarcas aragoneses y castellanos la realización de sus ensueños nacionales. Así anima Beltrán de Rovenhac á D. Jaime I: «Hasta que vengue á su padre no reconoceré su valía. Será hombre de prez cuando recobre lo que le han robado.» Así anima Bonifacio Calvo á Don Alfonso X: «Apenas me acordaba de cantar; pero ahora me acuerdo al oír que en breve «nuestro rey», *nostre rey*, va á entrar en Gascuña con tal poder de gente que no bastarán á resistirle muros ni fortalezas.» Sin embargo, ni éstos, ni cien parecidos serventesios, hicieron olvidar á los hijos de Pedro el *Católico* y de Fernando el *Santo* que los Pirineos eran y serán siempre, por ley natural, á que han de sujetarse las leyes históricas, la mejor garantía de mutua independencia entre España y Francia; limitándose ambos, más el segundo que el primero, efecto de sus condiciones literarias, superiores á las políticas y militares del conquistador de Mallorca, á recibir y galardonar en sus respectivos palacios á los vates proscritos. Ramón de Castelnau llama á Alfonso «el mejor de los reyes». Folquet de Lunel dice «que en la corte castellana hay numerosos hidalgos que otorgan tantas mercedes, sin pedir las, como son incapaces de otorgar, aun pidiéndolas, muchos príncipes». Y Bonifacio Calvo, consejero, íntimo del codificador de las *Partidas*, exclama: «Si la poesía y la gentileza subsisten en el mundo, débese á que el rey D. Alfonso las mantiene: que á no ser por él, ya estarían del todo olvidadas.»

Los trovadores, encarnación artística del espíritu caballeresco, tenían por escuelas las cortes en que se congregaban, lanzando desde cada una vivísimos centelleos que iban á morir por un lado al Mediterráneo, á Barcelona, Marsella y Génova, y por otro al interior, á Toledo, París y Florencia. Usaban un estilo á veces profundo, obscuro, antiguo *sermu urbanus*, propio de sabios, *trovar clus*, en el que tanto se distinguió Arnaldo Daniel; á veces ligero, claro, antiguo *sermo rusticus*, propio del vulgo, *trovar leu*, en el que tanto se distinguió Lanfranc Cigala, y á veces armónico entre la naturaleza y el arte, el propio de los grandes maestros, el de Giraldo de Borneil en sus canciones, el de Beltrán de Born en sus serventesios, el de Pedro Cardinal en sus apólogos. Su norte fué la patria, su emblema la fe, su ensueño el amor. En aras de la patria murió el conde Hugo de Mataplana; en aras de la fe, el barón Pons de Capdusil; en aras del amor, el príncipe Godofredo Rudel. Su cuna fué el mundo. Lo mismo componen Guillermo IX de Poitiers, que Beltrán de París, que Ricardo I de Inglaterra, que Federico II de Alemania, que Alfonso X de Castilla, que Pedro III de Aragón, que D. Dionís de Portugal, que Federico III de Sicilia. Su timbre fué su ingenio. Así Almeric de Peguilhá, hijo humilde de peletero de Tolosa,

mereció la protección de condes, marqueses y reyes, elevándose á privado de unos, embajador de otros y amigo de todos; así Guido Folquet, hijo de obscuro caballero de San Gil, á orillas del Ródano, pasó de militar á abogado, y a cura, para ascender á obispo, á cardenal y á papa (Clemente IV). Algunas de sus obras revelan una perfección que hoy mismo hechiza. ¿Quién olvidará la graciosa novela *El celoso castigado* del catalán Ramón de Besalú, ó la épica *Canción de la Cruzada contra los albigenses* del navarro Guillermo de Tudela? Algunos de sus pensamientos revelan un alcance que hoy mismo asombra. Arnaldo de Marveil escribe: «Micorazón vale tanto como el de un rey; quien alienta nobles intenciones se iguala con los soberanos.» Y añade Folquet de Romans: «¿Por qué no hemos de cambiar de malos príncipes, según cambiamos de malos priores?» Rompiendo la valla de su sexo, hubo poetisas aristocráticas, apasionadas y bellas, como Leonor de Aquitania, Iselda de Capnió y Clara de Anduse. Partiendo de todas las clases sociales, tensionaron desde Izarn el *Inquisidor* á Olivier el *Templario*. Y cediendo á lo revuelto de sus días, cuando no á lo desbordado de sus pasiones, murieron unos santamente en un claustro, á estilo de Bernardo de Ventadorn, al paso que otros morían heretizando por taturerías y burdeles, á estilo de Guillén Figueira.

El ciclo trovaderesco ibero-italico-provenzal comprende, á mi ver, cuatro períodos: el de iniciación, de mediados del siglo X á mediados del XI, en que el pueblo versifica y canta por instinto las proezas que realiza; el de desarrollo de mediados del siglo XI á mediados del XII, en que el juglar pule reflexivamente aquellas manifestaciones, generalizándolas por iglesias y castillos, por villas y campamentos; el de apogeo, de mediados del siglo XII á mediados del XIII, en que el trovador compone, según el arte sistematizado, la letra y la música, que el juglar y el pueblo repiten, de historias ó leyendas que exaltan el honor, el fausto y la galantería, y el de decadencia, de mediados del siglo XIII á mediados del XIV, en que, hundiéndose la inspiración con la patría, juglares y trovadores degeneran en bufones que alegran los ocios de aldeanos y príncipes, cuando no degeneran en energúmenos que, entregados á todos los vicios, sin exceptuar el de la envidia, se despedazan mutuamente: prueba de que la locura del genio es la peor de las locuras.

¿A qué punto no llegaría el extravío, y con él la confusión de artistas y truanes, cuando el poeta narbonense Giraldo Riquier hubo de solicitar en 1273 de su protector, nuestro Alfonso X, que los distinguiera convenientemente, «porque en todo tiempo juglería y saber han hallado en Castilla premio, enmienda y consejo más que en corte real ó de otra clase?» (1). Y el hijo de San Fernando, á pesar de los negocios que le abrumbaban, declaró á los dos años que debían llamarse *bufones* «los que hacen saltar monos, cabrios ó perros, ó hacen titeres,

ó remedan pájaros, ó tocan ó cantan entre gente baja por humilde precio, ó siguiendo á las cortes, fingen locura sin avergonzarse de lo indecoroso»; *juglares* «los que se conducen bien entre las gentes ricas para tocar instrumentos, ó para contar nuevas ó cantar canciones ajenas ó para otras cosas agradables», y *trovadores* «los que trovan versos y sones, y componen con alta maestría danzas, coplas, baladas, albas y serventesios» (1). Pero ¿de qué valían estas providencias, ni las de once años antes sobre considerar infames á los bufones y juglares que anduvieran ejerciendo de lugar en lugar mediante precio, «porque se envilecen por aquel precio que les dan», á la vez que advertía «que los que tañeren ó cantasen por hacer solaz á sí mismos, o a sus amigos, o a los reyes, o a los otros señores, no serían por ende enfamados?» (2). La literatura provenzal se había extinguido, siquiera dejando entre sus cenizas inapreciables tesoros léxicos y retóricos que utilizarían los ingenios contemporáneos y futuros.

Aurora boreal destinada por Dios á iluminar las sombras de la Edad Media, la civilización lemosina nació y vivió con el espíritu caballeresco que la electrizará para morir al asomar por Oriente el sol de nuevos adelantos. Los guerreros de las Cruzadas, los estudiantes de las universidades, los procuradores de las cortes, los menestrales de los gremios, todos sintieron á una deseos de evolución, reflejados en las luchas entre Viscontis y Torrianis, albigenses é inquisidores y Castros y Laras, y en las discusiones, no ya sobre damas encantadas y héroes gigantes, sino sobre táctica de las guerras, enseñanza de las cátedras, justicia de las leyes y mejora de los salarios: génesis fecundo á cuya gloria tanto habíamos de contribuir, ora trazando con Vilanova y Rupescisa las primeras líneas de la ciencia, ora vengando pasadas traiciones y preparando futuros descubrimientos con el envío de catalanes y aragoneses á Turquía y Grecia, ora ofreciendo al mundo sacrificios patrióticos como el de Guzmán el *Buena*, gobiernos políticos como el de María de Molina y predicaciones enciclopédicas como la de Raimundo Lulio.

Sepultada la quimérica nacionalidad del Loira al Ebro bajo el polvo de la rota de Muret, legó su expirante gemido á los rocas pirenaicas y alpinas, cuyos ecos les repiten aún, siquiera desfigurado como almas soñadoras enamoradas de un imposible. En vano para conservarlo puro, los tolosanos fundaron academias, abrieron certámenes y escribieron gramáticas. En vano, siguiendo aquel impulso, Aragón y Castilla establecieron respectivamente *Juegos florales* y *Justas de ingenio*. Los municipios comenzaron por mostrarse tan indiferentes, que algunos, entre ellos el de la misma Barcelona, suponiendo al finalizar el siglo XIV que las ciudades sacarían escaso provecho del anticuado *gay saber*, se negaron á costear las joyas que habían de otorgarse á los autores laureados.

(1) *Declaració que'l senher rey N'amfós de Castela fe per la suplicatió que Gr. Riquier fe per le nom de joglar, l'an MCCLXXV.*

(2) Partida VII; tit. VI, ley 4.

(1) *Aissó es la suplicatió que fes Gr. Riquier al Rey de Castela por lo nom dels juglars l'an LXXIII.*